

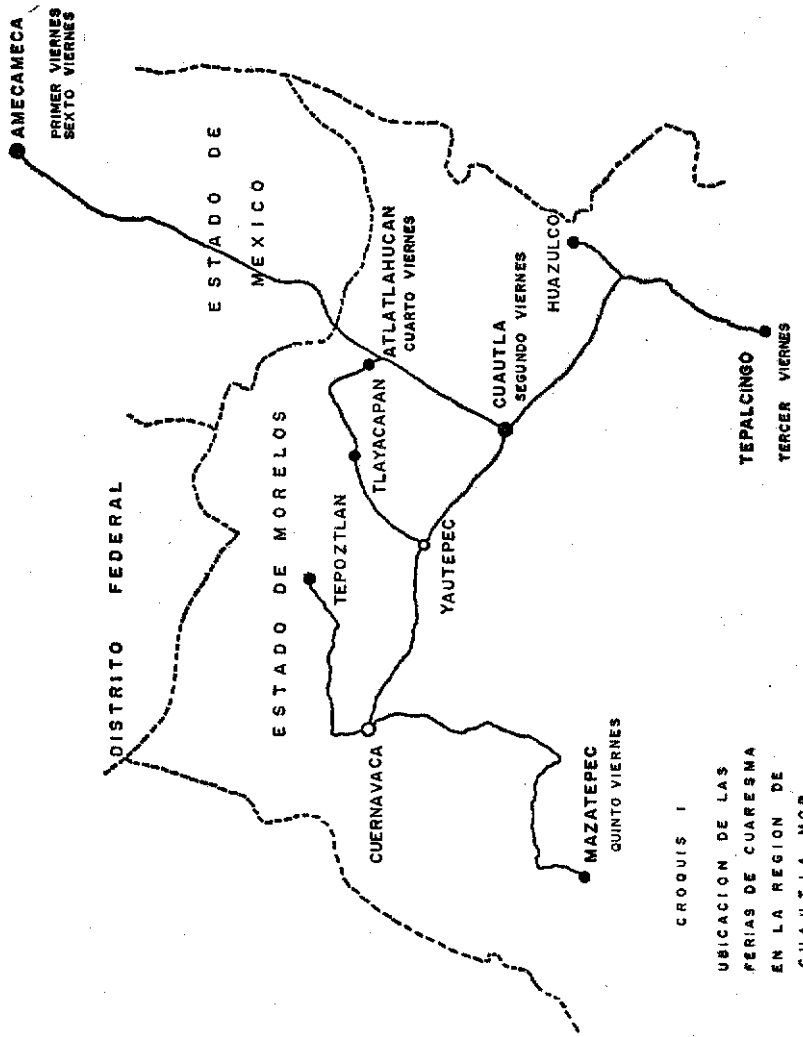
INTRODUCCIÓN AL CICLO DE FERIAS DE CUARESMA EN LA REGIÓN DE CUAUTLA, MORELOS, MÉXICO

GUILLERMO BONFIL BATALLA

En una región que cubre la parte septentrional del Estado de Morelos y la porción sureste del Estado de México (esto es, la zona de Amecameca), región que aquí llamo "de Cuautla", por estar tal ciudad en la parte central de la misma, se realiza un ciclo anual de ferias religiosas y comerciales cuyas fechas se determinan de acuerdo con el periodo de cuaresma del calendario católico, coincidiendo con cada uno de los viernes de esta temporada.

Las localidades en que se efectúan las ferias de cuaresma, así como la secuencia de las mismas, pueden verse en el *Croquis I*. El orden es invariable: primer viernes, Amecameca; segundo, Cuautla; tercero, Tepalcingo; cuarto, Atlatlahucan; quinto, Mazatepec y sexto, de nuevo Amecameca. Durante la temporada de Cuaresma tienen lugar otras celebraciones, las cuales se integran como parte de la actividad comercial y ceremonial de la región y están íntimamente conectadas con las grandes ferias. De tales celebraciones se incluyen en este estudio la de la Virgen del Tránsito (que coincide con el cuarto viernes) en Tlayacapan, a la que concurre un gran número de peregrinos de Tepoztlán; la del cuarto viernes en Amayucan; la fiesta del martes santo en Huazulco y varios carnavales. Las actividades que corresponden a la semana santa —desde el jueves hasta el domingo— se celebran en toda la región, pero no ha sido posible incluirlas aquí, precisamente por el gran número de variantes locales que hasta la fecha no se han registrado.

Este informe está basado en datos de campo obtenidos durante tres años a partir de 1968. En las dos primeras temporadas, con la colaboración de un grupo de estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, se visitaron las ferias de Cuautla, Tepalcingo y Amecameca.



CROQUIS I

UBICACION DE LAS
FERIAS DE CUARESMA
EN LA REGION DE
CUAUTLA, MOR

En 1970 presté especial atención a la feria de Tepalcingo —la mayor del ciclo— y asistí a las de Mazatepec, Tlayacapan, Amayucan, Atlatlahucan y Huazulco.

Debo agradecer de manera particular la colaboración de la señorita Lilia González García, quien obtuvo amplia información sobre la organización religiosa tradicional de Amecameca, así como los datos históricos sobre Tepalcingo que me facilitó la señorita Teresa Rojas Rabiela.

A continuación se presentan los resultados iniciales de esos estudios. En primer lugar se ofrecen los datos más importantes y característicos de cada una de las ferias, para más adelante hacer un breve estudio comparado y discutir los aspectos más significativos de la problemática que presenta el sistema de ferias de cuaresma en la región de Cuautla.

Primer y sexto viernes: Amecameca

Las celebraciones de cuaresma en Amecameca están estrechamente ligadas con el culto al Señor del Sacromonte, imagen que se venera en el santuario situado en el cerro del mismo nombre, al oeste de la ciudad. Aunque erróneamente según Escalante Plancarte,¹ la imagen del Señor del Sacromonte se considera ligada a la figura de fray Martín de Valencia, uno de los famosos doce franciscanos que iniciaron la evangelización a principios del siglo xvi, quien vivió sus últimos años en una cueva del Sacromonte que hoy forma parte del santuario.

Cuenta una de las tradiciones más generalizadas en la zona, que la imagen era llevada de la ciudad de México rumbo a Izúcar de Matamoros; la mula que la cargaba se perdió en el cerro y se refugió en la cueva de fray Martín de Valencia (quien por entonces ya había muerto), donde días después fue encontrada por gente de Amecameca. De inmediato se consideró que su aparición allí era milagrosa y a partir de entonces se inició el culto y se extendió hasta hacer del Sacromonte uno de los santuarios más importantes del centro de México.

La urna con la imagen del Señor del Sacromonte permanece en su santuario durante la mayor parte del año, pero baja a la parroquia de Amecameca justamente durante el periodo de

¹ Escalante Plancarte, Salvador: *Fray Martín de Valencia*, Editorial Cossío, México, 1945.

cuaresma La imagen, que es articulada, se usa el viernes santo para la representación de la crucifixión.

La peregrinación para la "bajada" se hace la noche del miércoles de ceniza. Desde algunos días antes llegan varias peregrinaciones de diversas localidades. El barrio de San Mateo (en Milpa Alta), Ixtapalapa, Azcapotzalco y Texcoco, son los puntos de procedencia constante; hasta hace pocos años también llegaba una peregrinación desde Mixquic, que tenía a su cargo el adorno floral del templo. Algunos de estos grupos son recibidos siempre en las mismas casas de la localidad, cuyos dueños consideran como una obligación tradicional el dar cada año posada a los peregrinos. Éstos, por su parte, vienen acompañando una "demanda", es decir, una réplica en pequeño de la urna y la imagen del Señor del Sacromonte que es el símbolo de una devoción colectiva e institucionalizada cuya principal obligación es asistir todos los años a la "bajada".

La procesión nocturna del miércoles recorre la mitad de la localidad antes de llegar a la parroquia, esto es, la porción que comprende los barrios de Atenco, San Juan y El Rosario. Todas las calles de la ruta (que se cubre aproximadamente en diez horas) están adornadas con banderitas de papel; de trecho en trecho se colocan altares de madera (algunos tan grandes y bien contruidos que recuerdan, por su forma además de su función, las capillas posas de los atrios coloniales); cada uno de estos altares o capillas se adorna profusamente con flores, luces, guías de acomozote, estampas e imágenes de bulto, iluminación eléctrica y aun alfombras de serrín de colores con símbolos religiosos. Estas capillas, de las cuales hay alrededor de 45 a todo lo largo de la ruta (1969), son construidas y costeadas con la cooperación del vecindario; durante todo el miércoles pueden verse grupos familiares colaborando en muy diversa forma para la precaria edificación y el arreglo de la capilla correspondiente. De cuando en cuando hay casas con la puerta abierta y convertida en improvisado altar, mucho menos espectacular que las capillas propiamente dichas.

La "bajada" la hacen "los de fuera", es decir, los que han llegado en peregrinación a Amecameca. Abre la columna un chirimitero que toca su instrumento incesantemente; le sigue la pesada urna del Señor del Sacromonte, llevada en andas por varios hombres y escoltada por el gremio local de faroleros con

sus linternas; más atrás va una banda de instrumentos de aliento y un conjunto de mariachis; después, el grueso de los peregrinos, cuyo número varía según la hora, pero que puede promediarse entre 300 y 500. Ante cada una de las capillas se reposa la urna, se dicen rezos y se cantan alabados. A veces hay fuegos artificiales que se encienden cuando arriba la procesión.

Al llegar la columna a la parroquia, ya amaneciendo, el sacerdote la recibe —pues él no participa en la procesión— y oficia una misa solemne. La imagen queda a un costado del altar mayor durante toda la cuaresma y es objeto de reverencia especial y devociones constantes.

A la “octava” del viernes santo el Señor del Sacromonte regresa a su santuario en otra peregrinación nocturna semejante a la que sirvió para bajarlo; pero la “subida” corre a cargo de gente de Amecameca y su recorrido cubre la otra mitad de la población, pasando por los barrios de Caltenco y Panohaya, cuyas calles se adornan con capillas, quizás en número mayor que en la otra mitad (65, en 1969). Para la organización de la “subida” existe un encargado vitalicio que recibe la cooperación económica de todos los devotos locales.

Las ferias del primero y sexto viernes de cuaresma quedan comprendidas dentro de la temporada de estancia del Señor del Sacromonte en la parroquia de Amecameca. La del primer viernes es mucho mayor que la del sexto; algunos la llaman “feria de carnaval” porque se hace en toda la semana a partir del domingo de carnaval.

La amplia plaza central de Amecameca, las calles que van desde allí hasta la subida al Sacromonte y varias laterales, se cubren materialmente de puestos de madera protegidos por toldos de manta blanca. El tránsito regular de vehículos que van por la carretera México-Cuautla se desvía por las calles adyacentes, pues todo el centro de la población se halla convertido en un gran mercado.

La distribución de productos revela una clara organización. Sin entrar en gran detalle pueden señalarse los siguientes sectores principales: el mercado municipal, a un costado de la plaza, no altera su disposición ni el tipo de productos que ofrece (son principalmente alimentos de toda clase: carnes, pescados, verduras, frutas, quesos); en la parte posterior del mismo edificio, en un espacio bien separado, se venden zapatos; la calle del cos-

tado norte del mercado se destina a frutas y verduras; en la plaza central hay fondas que sirven comida preparada, una gran sección de alfarería, ropa, rebozos, naranjas y la feria con juegos mecánicos y atracciones diversas. Frente al Palacio Municipal se venden dulces y mameyes y, en la calle que va rumbo al Sacromonte hay una gran cantidad de puestos con dulce de cacahuete, otros con cestería, bisutería, jarciería, tlapalería varia, yerbas medicinales, incienso y copal; más adelante, en otra sección de este mismo tramo, se hallan los comales y los molcajetes.

Ese orden perceptible no es absolutamente riguroso, ya que ciertos productos se distribuyen indiscriminadamente por todas las secciones y hay, además, un considerable número de vendedores ambulantes que recorren constantemente todos los rumbos. Sin embargo, es evidente la intención de ordenamiento.

Un sector especial de comercios se encuentra en la vereda que sube al santuario. Allí abundan los puestos con objetos religiosos y rituales: medallas, estampas, oraciones, velas, flores, además de amuletos, yerbas medicinales y bastones para ayudar al peregrino. Son ventas menores y más espaciadas, que no dan la impresión de abigarramiento que ofrece el resto del mercado. Al pie del cerro hay varios vendedores de coronas de flores, que todo peregrino que sube por primera vez al santuario debe llevar puesta para arrojarla después a las rocas que están fuera de la cueva de fray Martín de Valencia; esto es parte del ritual tradicional del Sacromonte, como lo es también el dejar objetos (sombreros, el cordón umbilical del recién nacido, etcétera) en un árbol que está próximo al templo.

La vida entera de Amecameca se transforma durante esta semana; primero, por la simple presencia de los comercios que llenan las principales calles; después, especialmente el viernes y los dos domingos, por la afluencia de un crecido número de visitantes y peregrinos; aún por las noches —aparte de la “bajada” del miércoles— el funcionamiento de los juegos mecánicos, el ruido incesante, la música y los bailes, alteran la rutina normalmente tranquila de los habitantes.

La feria del sexto viernes es de una importancia y un volumen mucho menores. Algunos comerciantes venidos de fuera permanecen durante toda la cuaresma en Amecameca, pero la mayoría se va el lunes siguiente a la feria principal, para instalarse

en cualquiera otra localidad que tenga feria dentro del circuito; pocos de ellos regresan para el sexto viernes, "la feria chiquita". De todas formas, esa última semana de cuaresma, especialmente el viernes y el domingo, la actividad en la población es mayor que en las otras semanas.

En cuanto a las organizaciones tradicionales locales que participan en estas celebraciones, resulta conveniente mencionar las "demandas" del Señor del Sacromonte y de la Virgen de Guadalupe que corresponden a las tres "contradanzas" que hay en Amecameca. Se trata de grupos de danzantes ("Santiagos", una de ellas; "Contradanza" propiamente dicha, las otras dos) que tienen cada una su réplica de la imagen venerada. Participan en las ceremonias de cuaresma, pero su fecha principal es el 1º de enero, cuando cambia de manos la "demanda" y danzan frente al santuario del Sacromonte.

Tercer viernes: Tepalcingo

La feria del tercer viernes en Tepalcingo es la más grande de este ciclo y se cuenta entre las principales que se celebran en toda la república.

El Señor de Tepalcingo es una imagen de Jesús Nazareno, caído y con la cruz a cuestas, tallada en el siglo xvii. Su culto local arranca por lo menos desde 1681, fecha en que se fundó la Cofradía de Jesús Nazareno en Tepalcingo, según lo atestigua un cuadro al óleo que se conserva en el santuario. El templo mismo, cuya fachada es una de las obras más complejas y sorprendentes del arte novohispano, se comenzó a construir en 1759 y se dedicó en 1782. La magnificencia del templo contrasta con su ubicación en un pueblo pequeño, dentro de una región pobre; esto lo explica Reyes Valerio² por la decidida protección que le dieron a la imagen —considerada como muy milagrosa— los españoles dueños de las haciendas circunvecinas, como Santa Ana Tenango, Chicomocelo, Santa Clara de Montefalco y Atonilco. Según el autor citado hubo una pugna a principios del siglo xvii por el control de la Cofradía, que pasó entonces de manos de los indios a las de los españoles.

² Reyes Valerio, Constantino: *Tepalcingo*, INAH, México, 1960.

Al parecer, la tradición de la romería del tercer viernes de cuaresma arranca también desde el siglo xvii.³ Una relación de Cuernavaca, de 1743,⁴ ya habla claramente de esta fiesta:

“En este partido y pueblo de tepalsingo, ay una imagen de Cristo nuestro Señor, que se venera por santuario de cuia efigie reciben los que le visitan y le claman, infinitos beneficios. Celebranle su fiesta el día de la santa cruz y el tercero viernes de quaresma una solemnisima procesion con tal concurrencia, que suelen padecer algunas criaturas ogarse en la Iglesia y por lo mismo cuesta mucho trabajo entrar y salir en ellas. Son copiosas las limosnas que se recogen para las misas y ornato de dicha santa imagen.”

Antes de edificarse el santuario actual, la imagen de Jesús Nazareno se veneraba en el templo de San Martín, que todavía se conserva a la entrada del pueblo y que hoy pertenece al barrio del mismo nombre, uno de los siete en que se divide Tepalcingo.⁵ Como veremos más adelante, hasta la fecha se celebran algunas ceremonias del viernes santo en la iglesia de San Martín, aunque, por supuesto, el centro de las actividades es el Santuario de Jesús Nazareno.

El número de procesiones que llegan a Tepalcingo durante los días próximos al tercer viernes de cuaresma, sus lugares de procedencia, así como la cantidad de cofradías y hermandades de Jesús Nazareno que existen en diversas localidades, pero que tienen como punto de referencia este santuario, reflejan bien la amplitud del ámbito de influencia del culto al Señor de Tepalcingo.

En 1970, por ejemplo, estaban registradas 90 misas en el santuario, solicitadas a nombre de pueblos, hermandades, peregrinaciones o —las menos— devotos particulares. En su mayor parte procedían de los Estados de Puebla, Tlaxcala y México, pero las había también solicitadas del Distrito Federal, Guerrero y el propio Estado de Morelos. Varias hermandades y cofradías del Padre Jesús, o de Jesús Nazareno, con sede en pueblos de ese mismo ámbito acudieron al párroco de Tepalcingo para que

³ Vázquez de Santa Ana, Higinio: *Cristos célebres de México*, México, 1950.

⁴ “Relación de Cuernavaca” (1743), *Boletín Oficial y Revista Eclesiástica del Obispado de Cuernavaca*, año x, núms. 23 y 24, 1909.

⁵ Los barrios de Tepalcingo son: El Santuario, San Francisco, La Concepción, San Martín, Los Reyes, Guadalupe y la Santa Cruz.

aprobara y confirmara su fundación o la designación de sus nuevas autoridades anuales.

Las peregrinaciones llegan al santuario cada día en mayor número conforme se acerca el viernes. Algunas son magras y darían la impresión de grupos familiares, a no ser porque las encabeza un estandarte y porque usualmente lleva cada uno de sus integrantes algún distintivo y se acercan al templo entonando alabanzas, a veces acompañados por instrumentos musicales. Otras, en cambio, suman varias docenas de peregrinos y marchan organizadamente, seguidas, las más completas, por una banda de aliento. A las principales peregrinaciones las recibe el sacerdote en la puerta del templo y las conduce frente al altar, donde inmediatamente oficia la misa solicitada.

Los peregrinos que no llegan en forma organizada deben esperar turno en las largas filas de fieles que se forman en el atrio y que pasan lentamente por atrás del altar mayor y suben a besar los cordones que lleva en la cintura la imagen del nazareno.

A un costado del atrio se colocan los diversos grupos de danzantes. Siempre es posible encontrar dos o tres cuadrillas de la Danza Azteca de la Gran Tenochtitlan (llamados comúnmente "concheros" por las guitarras de carapacho —"concha"— de armadillo con que se acompañan). Hemos identificado grupos de "concheros" que proceden de Morelos, México y la Ciudad de México. Estos grupos, que hasta hace pocos años tenían una organización nacional unificada cuyo general comandaba varias decenas de miles de danzantes en todo el centro y sur del país, reconocen como parte de sus obligaciones rituales la de asistir anualmente a varios de los grandes santuarios, en general cuatro al año, por lo menos.⁶ Tepalcingo se cuenta entre los más frecuentados por los grupos del Valle de Morelos y del sur del Valle de México.

En el mismo año de 1970 había tres grupos de Pastoras: las "blancas", las "azules" y las "rojas", nombrada cada cuadrilla según el color de su indumentaria. Todas llevan sombreros de petate con el ala de un lado prendida a la copa y forrados con tela o papel crepé y bastones adornados de igual forma, con listones y cascabeles, todo en el mismo color del vestido. En gene-

⁶ El estudio sobre la Danza Azteca de la Gran Tenochtitlan, iniciado en 1965, lo preparan para su publicación el etnólogo Arturo Warman y el autor del presente artículo.

ral acompaña a la danza un violín, a veces violín y guitarra. Danzan dentro del templo y cantan alabanzas. Son grupos exclusivamente de muchachas — salvo los músicos.⁷ Las tres cuadrillas que asistieron a la feria de Tepalcingo provenían del pueblo de Xoxocotla, en el Estado de Morelos. A diferencia de los “concheros”, que permanecen sólo en el santuario, las Pastoras visitan algunas otras iglesias del pueblo, especialmente la de San Martín que, como ya se indicó, fue el antiguo sitio de culto a la imagen de Jesús Nazareno.

También se vieron, en distintos años, danzas de Santiagueros y un grupo que representaba un auto religioso.

Tepalcingo cambia totalmente durante los días que dura la feria. La gran plaza que se extiende entre el atrio del santuario y la presidencia municipal, todas las calles adyacentes, varias plazuelas en distintos rumbos del pueblo, las calles desde la entrada de la carretera hasta el centro, en fin, casi la mitad del espacio abierto disponible en Tepalcingo, se cubre materialmente de puestos entoldados que ofrecen a la venta los más variados productos. La feria comercial de Tepalcingo parece ser la mayor en su género en México; la de San Marcos, en Aguascalientes, recibe mayor cantidad de turismo, pero ha perdido mucho del carácter popular que conserva esta feria morelense. Una estimación *grosso modo*, basada en recuentos hechos al azar en distintos rumbos del mercado, permite calcular conservadoramente en dos mil el número de puestos fijos,⁸ a los que debería agregarse la suma de comerciantes ambulantes, bien difícil de estimar.

Hay algunos productos o servicios que no suelen encontrarse en otras ferias regionales de tamaño menor que la de Tepalcingo; pero lo que asombra es la escala: de productos que en una feria grande, como es la del primer viernes en Amecameca, pueden encontrarse seis o siete puestos, en Tepalcingo se contarán más de cincuenta. La alfarería, por ejemplo, ocupa por lo menos tres secciones en distintos rumbos del mercado, cada una de ellas con docenas de puestos más o menos organizados según los centros productores.

⁷ Jacques Soustelle se refiere ampliamente a la danza de Pastoras y propone varias hipótesis sobre su origen y significado, atribuyéndola específicamente a los otomíes. Cf: *Les quatre soleils*, Plon, París, 1967.

⁸ A pesar de que en 1970 permanecí en Tepalcingo varios días antes y después del tercer viernes de cuaresma, fue imposible lograr que las autoridades municipales me facilitaran la cifra de licencias comerciales expedidas en ocasión de la feria.

Es importante señalar que la proporción de frutas, verduras y cereales es menor que en la feria de Amecameca, aunque su cantidad total debe ser mucho mayor. Lo que predomina y le da un carácter peculiar a la feria de Tepalcingo es la abundancia de productos artesanales: alfarería, objetos y muebles de madera, jarciería, productos textiles, cestería, etcétera. Seguramente uno de los atractivos que llevan cada año mayor número de turistas es la gran venta de objetos de madera laqueada y/o pintada que procede de Olinalá, Gro. Tradicionalmente ocupan un corralón en un extremo de la zona cubierta por el mercado; las autoridades municipales han tratado de llevarlos al centro mismo de la plaza, convencidos de su valor turístico, pero los productores de Olinalá han rechazado cualquier proyecto de abandonar su sitio tradicional, porque ese es el lugar fijado desde tiempo inmemorial y el respetarlo conlleva un cierto sentido ritual.

En el local destinado predominantemente a los productos de Olinalá se acomodan alrededor de cincuenta puestos fijos, de los cuales depende una cantidad semejante de puestos menores y vendedores ambulantes que se distribuyen por otros rumbos del mercado. El volumen de ventas durante la feria representa aproximadamente la tercera parte de la producción anual en los casos de los vendedores entrevistados. Los objetos que no alcanzan a salir se llevan después a la Ciudad de México, donde se ofrecen a los comerciantes de curiosidades. Debe señalarse que la mayor parte de los productos de Olinalá que se venden en Tepalcingo son de los que se consideran "corrientes", es decir, jícaras, cajas y baúles con el fondo laqueado y los motivos pintados con pincel; el trabajo más fino, que se nombra "recortado" porque los motivos son también en laca y ocupan los espacios que se recortan sobre el fondo previamente laqueado, son de precio más alto y en su mayoría se venden directamente a los comerciantes de la Ciudad de México y del extranjero.

Los objetos artesanales que se venden en Tepalcingo proceden de los más importantes centros productores de Puebla, Morelos, México, Guerrero, Tlaxcala, Oaxaca y Michoacán, por sólo mencionar los Estados mejor representados. Pueden hallarse filas de puestos con orfebrería de Oaxaca y de la Tierra Caliente, rebozos del Bajío, alfarería de todos los rumbos del centro y sur del país, objetos de madera de Paracho, cestería de Guerrero, sarapes de Tlaxcala, Puebla y México, textiles de algodón tejidos a mano

de varias localidades indígenas de Morelos, peines en cuerno de San Pedro la Laguna, México, y un sin fin de otras muestras de la artesanía mexicana. Junto a todo ello, los productos industriales más diversos: bisutería, telas y confecciones, lámparas, artículos de plástico para el hogar, machetes, etcétera. También hay venta de animales vivos, aunque su magnitud es mucho menor que la de otros productos.

Los expendios de comida y bebidas ocupan varias calles y una porción de la plaza central, además de los locales fijos que hay en el pueblo. Los grandes cobertizos armados por las principales fábricas de cervezas del país ofrecen a la clientela la actuación de conjuntos musicales que van desde los mariachis y los conjuntos de música norteña hasta los grupos de jóvenes rocanroleros con estridentes guitarras eléctricas. Las pulquerías y otras cervecerías más modestas cuentan con rocola o reciben la frecuente visita de grupos musicales errantes que van de un lado a otro por toda la feria, y la presencia casi constante de algún cantador de corridos.

Los juegos mecánicos, loterías y atracciones diversas, que en otras ferias ocupan un sitio central, en Tepalcingo están relegados a una plazuela secundaria.

Hay una calle dedicada a peluqueros ambulantes y otra contigua donde se instalan los más variados telones de fondo para fotografías de recuerdo. Los objetos religiosos se expenden frente a las dos entradas del atrio del santuario. La venta de frutas y cereales al por mayor se hace directamente en camiones estacionados muy cerca de la entrada del pueblo, junto a una plazuela destinada a la llegada y salida de autobuses de pasajeros. La mayor parte de los transportes, sin embargo, llegan sólo a las afueras de Tepalcingo, cerca de la carretera, donde se ocupan enormes solares para el estacionamiento de camiones y automóviles.

El tercer viernes de cuaresma es casi imposible caminar por las calles que ocupa la feria de Tepalcingo. El movimiento es incesante y abrumador. Los sonidos más diversos pueblan el aire: campanadas de los templos, pregones a voz en cuello o por megáfonos, música de todo tipo y el murmullo espeso de una muchedumbre cuyo número es difícil de calcular pero que seguramente sobrepasa la cifra de 50 mil almas. Gente de todas las condiciones y edades y de las más diversas procedencias, que concurren a Tepalcingo por motivos disímiles y aun contradic-

torios: el peregrino con la mente puesta en Jesús Nazareno, la familia que va a la feria para todo, los grupos de jóvenes que buscan cualquier cosa, las mujeres de Tetelcingo con su pobre chiquihuite de tortillas, los traficantes de arte popular, los carteristas, los turistas. Un raro momento de encuentros inesperados, de contactos obligados, en el que cada estrato, cada clase social, en sus diversos grupos de edad revelan, a través de sus peculiares formas de conducta y de sus maneras de entrar en relación transitoria con los demás, sus intereses, sus ideologías y sus prejuicios.

Cuarto viernes: Atlatlahcan

La feria del cuarto viernes se desarrolla frente al macizo convento del siglo xvi que se halla en el centro de la población. El área que se ocupa no es muy grande y en su mayor parte está destinada a las instalaciones de juegos mecánicos; el número de puestos comerciales es pequeño.

En 1970 la feria se desarrolló en un ambiente conflictivo y de franca división dentro del pueblo. No fue posible conocer en detalle los motivos de la pugna, pero el hecho es que el sacerdote no participó en las ceremonias, no ofició dentro de la gran nave del convento, y se fue, seguido de una fracción de los habitantes, a decir misa en una capilla que cae ya fuera de los términos del pueblo.

En el convento, un grupo de mujeres que se identificaron a sí mismas sólo como "señoras de la iglesia", tomaban las providencias necesarias para organizar las actividades dentro del templo, completamente lleno de fieles que permanecieron allí casi todo el día, de tiempo en tiempo rezando y cantando a coro las alabanzas que dirigían las "señoras de la iglesia".

Según parece, el problema tiene que ver con las modalidades del culto introducidas recientemente en la diócesis de Cuernavaca y con la resistencia que oponen a ellas los sectores más tradicionalistas de la población. Sobre este punto —la actitud del clero frente a los diversos aspectos de las ferias— habremos de referirnos en términos generales más adelante.

Cuarto viernes: Tlayacapan

El cuarto viernes de cuaresma, en un pequeño templo que está en la loma de San Juan, al suroeste de Tlayacapan, se celebra

una fiesta en honor de la "Virgen del Tránsito" (en realidad, el tránsito o paso al cielo de la Virgen María). Aquí no se trata de una ceremonia local ni propiamente regional; son sólo dos pueblos, Tlayacapan y Tepoztlán, los que participan en ella.

Cuenta la tradición que tiempo atrás había en Tlayacapan buenos imagineros, pintores y doradores que hacían y reparaban figuras religiosas. A ellos acudieron los de Tepoztlán para arreglar una imagen de la Virgen; ya remozada, cuando la llevaban de vuelta a su pueblo, la figura se puso pesada y no hubo manera de moverla del sitio que hoy ocupa la capilla. Desde entonces recibió un culto especial por parte de ambos pueblos: se construyó el pequeño templo y se organiza la visita anual de peregrinos de Tepoztlán el cuarto viernes de cuaresma.

Es interesante señalar la función de este culto al mantener nexos rituales entre dos localidades que manifiestan marcada rivalidad en otros órdenes de la vida, pugna que se revela incluso en la disputa permanente por definir cual de los dos es el lugar de origen de la bien conocida danza del Chinelo, pero que seguramente tiene raíces más profundas, tal vez conectadas con problemas de tierras y límites.

Para el cuidado de la Virgen del Tránsito hay un mayordomo en Tlayacapan y otro en Tepoztlán. La ceremonia del cuarto viernes está predominantemente a cargo de los peregrinos que vienen de Tepoztlán, pero muchos habitantes de Tlayacapan participan en algunos de los actos o asisten como simples visitantes. Los peregrinos duermen la noche anterior en el atrio del templo, que es muy amplio; reciben alumbrado eléctrico por cables que se tienden desde Tlayacapan. Durante todo el día hay algunos comerciantes locales que improvisan ventas de refrescos y alimentos, además de otros pequeños mercaderes que llevan productos diversos en mínima cantidad. En realidad, el movimiento comercial no alcanza gran importancia.

En la capilla, adornada con figuras de "cucharilla", se celebra misa a las 11 de la mañana. Es éste el único acto litúrgico de toda la ceremonia, a cargo del párroco de Tlayacapan.

Quizás el aspecto más peculiar de esta fiesta sea la danza de los Vaqueros, formada por hombres de Tepoztlán. El grupo lo forman 16 individuos, varones todos, en su mayor parte muy jóvenes pero encabezados y dirigidos por hombres maduros y aun ancianos. Van vestidos de gente de campo, alguno lleva traje

de caporal con sombrero amplio, calzón de paño con botonadura a los lados, botines y espuelas; los otros no llegan a tanto, pero a casi ninguno le faltan las espuelas y la mayoría lleva reatas y picas adornadas. La danza se acompaña con sones tocados con violín y guitarra. Una figura principal es un torito hecho con cuero sobre armazón de madera, que lo lleva sobre los hombros uno de los danzantes.

Aparte de que la danza de los Vaqueros es ágil, vigorosa y tiene una vistosa coreografía, lo que aquí más importa destacar es que se trata de una danza dramática cuyo argumento hace referencias locales de gran interés. En efecto, se relata la llegada de un grupo de vaqueros que llevan los toros de una hacienda para la fiesta de Tlayacapan; las peripecias de ir a lazar los toros, perseguirlos por el monte, encerrarlos en el corral y finalmente llevarlos a su destino, dan lugar a todos los cambios de ritmo y movimiento de la danza y a una gran diversidad de tonos que van desde lo jocoso hasta lo severo y casi solemne.

Ahora bien, en documentos que se conservan en el archivo principal de Tlayacapan, fechados en 1775 pero que hacen referencia a otros anteriores, como parte de los testimonios que se recogen para determinar posesión y linderos de tierras del pueblo, se menciona por varios testigos el hecho de que antiguamente la hacienda de Pantitlán contribuía anualmente para la celebración de la fiesta titular de Tlayacapan enviando azúcar, miel, dinero "y un día de toros" en reconocimiento de los agostaderos que se le permitían usar para su ganado. Las descripciones que dan los testigos de la llegada de los toros se relacionan muy estrechamente con lo que se cuenta en la danza de Vaqueros, como para que se pueda presumir en aquellas ocasiones el origen de esta danza. Sólo a manera de ejemplo conviene transcribir parcialmente uno de los testimonios:

"...que le consta de vista haber visto entrar las mulas de carga que traían la miel, y el azúcar para la fiesta de este pueblo enfloradas con cadenas de flores en sus pezcuezos (...) y carga con caja y clarín que estos naturales tocaban saliendo a su recibimiento (...) y con este estilo hacían ese día muy alegre y gustoso con los victores que daban los sirvientes de dicha hacienda de Pantitlán que venían acompañando esta contribución, y luego que entraban en este pueblo a las casas de su comunidad eran festejados por dichos naturales con comida y bebidas: con más

vido y le consta a dicho declarante por público y notorio el que dicha hacienda de Pantitlán, a más de lo dicho, daba un día de toros que se lidiaban en este pueblo el último día de su fiesta.”

El hecho de que la danza relate las fatigas del caporal y los peones de la hacienda buscando los toros para la fiesta de Tlayacapan; el que ahora vaya la banda del pueblo a recibir y acompañar a los peregrinos que llegan al cuarto viernes, y otros detalles que sería largo enumerar, conectan directamente la representación actual con el sistema de relaciones entre las haciendas y los pueblos de la región tal como se daba a principios del siglo xviii.

Cabe señalar, en fin, que la danza de los Vaqueros se representa en el atrio, al mismo tiempo que dentro del templo bailan y cantan las muchachas que forman la danza de las Pastoras, acompañadas por un trío de alientos y que llevan —como en Tepalcingo— un bastón adornado con cascabeles. La banda de Tlayacapan, por su parte, toca intermitentemente en el atrio, a un lado de los Vaqueros.

Esa misma tarde, o a la mañana siguiente, los peregrinos de Tepoztlán emprenden el regreso por la vereda que serpentea por las montañas rocosas del Tepozteco.

Quinto viernes: Mazatepec

Como la celebración de Tlayacapan, y a diferencia de lo que sucede en las demás ferias de cuaresma en esta región, la de Mazatepec no se desarrolla en el centro mismo de la localidad, sino en una elevación al este del pueblo, en una estrecha y elevada faja que une dos cerros. En uno de ellos, el del sur, se levanta la iglesia de la Virgen de Guadalupe; frente a ella, al norte, un poco más alto, se erige el templo dedicado al Señor de Mazatepec, un Cristo crucificado en cuyo homenaje se hace la celebración del quinto viernes. Varias calles que parten del centro conducen a la iglesia de Guadalupe, trepando por una corta pero empinada pendiente.

Los puestos comerciales se apretujan en la franja que une ambos templos, con una longitud aproximada de 500 metros. Frente a la iglesia de Guadalupe se abre una breve explanada un poco más ancha que el resto de la superficie ocupada por la feria comercial y en ella se instalan los juegos mecánicos y

algunos puestos cuyos productos demandan mayor espacio para desplegarse, como las sillas de montar y las sillas para uso doméstico.

En el inicio de la ladera hacia el pueblo se ven bestias de carga atadas a los escasos árboles o pastando libremente, así como los toldos que algunos comerciantes usan para dormir.

Varios elementos contrastan vivamente y a simple vista con la apariencia general de las demás ferias del ciclo de cuaresma. En primer término, la construcción de los puestos con materiales que no se hallan en las otras localidades: muros de otate y caña de maíz, techos de paja de arroz. Por otra parte, al lado derecho del templo del Señor de Mazatepec hay una larga fila de fogones bajos, hechos con piedra y barro, fijos al suelo, en los que gran número de mujeres que proceden de Guerrero hacen tortillas que venden allí mismo.

Aunque la mayor parte de los productos son idénticos a los que hay en las demás ferias, existen varios que sólo en ésta aparecen, como la cerámica de Huitzuc, Mor., y El Arenal, Méx. En cambio, objetos como las cajas y jícaras de Olinalá se expenden apenas en muy contados puestos.

El ambiente peculiar y diferente de la feria de Mazatepec, siempre en relación con el resto del ciclo que nos ocupa, se marca también por la presencia de la danza de Tecuanes, que hace referencia a las tradiciones del Estado de Guerrero. Y en efecto, la cuadrilla que baila en el atrio del templo del Señor de Mazatepec procede de Huatetelco.

La influencia guerrerense en la feria de Mazatepec se confirma al comprobar la procedencia de varios comerciantes y visitantes, así como por la inclusión de este quinto viernes en circuitos de ferias de cuaresma que integran otras festividades en Guerrero.

Martes santo: Huazulco

El martes de la semana santa se celebra feria en Huazulco. Las ceremonias religiosas se llevan a cabo en el templo del pueblo, dedicado a Santa Catarina. Varias imágenes de Jesús, que representan diversos momentos de la Pasión, se exponen en los sitios principales de la nave y son objeto de adorno y culto especiales.

La feria comercial se desarrolla en la plaza que está frente al atrio y en las calles adyacentes, casi desde la entrada al pueblo. El volumen del mercadeo es mucho menor que en las ferias del primer y tercer viernes, y también un poco menor que en la feria de Mazatepec, pero pueden encontrarse algunos productos que no se hallaron en aquéllas, como la loza de Santa María Atzitzintla y la sal de Jicotlán. Abundan las mujeres de Tetelcingo con su característico huipil azul oscuro.

En un amplio portal anexo al templo danzan las Pastoras, con atuendo semejante al descrito para esa comparsa en Tepalcingo, pero aquí con el uso de panderos de hojalata además de los bastones con cascabeles. Se acompañan con violín. Fuera del portal un conjunto musical toca intermitentemente durante la mañana. Su composición es un tanto insólita: acordeón, tambora, caja militar, triángulo y platillos.

En el centro del pueblo hay dos pozos de agua cuya aparición se atribuye a una intervención milagrosa de Santa Catarina, según lo relata un cuadro conservado en el interior del templo. Uno de los pozos es de agua santa; la del otro es el "agua de las flores" y sólo se emplea para el servicio de la santa patrona de Huazulco. Al parecer, uno de los motivos que lleva buen número de visitantes a esta feria es el reparto gratuito del agua santa. Al lado derecho de la entrada al templo se coloca un puesto grande en el que los mayordomos viejos reparten agua a quienes la solicitan, sacándola de unos tambos de metal. Junto a ellos, algunas mujeres ofrecen estampas de la santa, ceras y flores, a cambio de las limosnas que los devotos depositan en charolas colocadas con esa finalidad. Dentro del templo los fieles entregan flores y ceras a los encargados de acomodarlas ante las diversas imágenes de la Pasión.

El ambiente general de la feria del martes santo en Huazulco, dentro de la modestia de sus dimensiones, es de un gran tradicionalismo, y la presencia de agentes exógenos nuevos (productos industriales, *stands* patrocinados por fábricas de cerveza, juegos mecánicos, turismo), aunque existe en cierta escala, no parece haber afectado el carácter de la feria en tan grande medida como sucede con otras celebraciones de este ciclo.

Otras ferias dentro del ciclo de cuaresma

El segundo viernes se celebra en Cuautla, en el templo del Señor del Pueblo ubicado muy cerca del costado sur del mercado central de la ciudad, lo que hace que el despliegue comercial propio de la ocasión pueda confundirse fácilmente con una extensión del mercado regular. Al mismo tiempo, la cercanía del mercado impide que el aspecto comercial de esta feria presente muchas de las características que reviste en las demás localidades: son pocos los productos agrícolas en venta y la mayoría de los puestos ofrecen objetos religiosos, curiosidades (más destinadas al turismo constante de Cuautla que a los peregrinos propiamente dichos), atracciones y pasatiempos de toda suerte.

En la única ocasión en que se visitó esta feria (1969) no fue posible observar peregrinaciones organizadas ni otras manifestaciones usuales, como danzas o bandas de música. Sólo la densidad de transeúntes en la vecindad del templo y la presencia de juegos mecánicos y de los comercios antes mencionados permitían suponer al observador que se trataba de una celebración especial.

En Amayucan se celebra una pequeña feria el cuarto viernes de cuaresma, en la capilla del Señor del Pueblo. Esta imagen es muy parecida a la de Tepalcingo; la tradición cuenta que son gemelas y que las trajeron juntas; el Señor del Pueblo iba destinado a Tepalcingo, pero al pasar por Amayucan la imagen se puso pesada y no hubo forma de trasladarla, con lo que dio comienzo su culto local.

La capilla tiene una interesante decoración popular tanto en el interior como en el exterior. Está al cuidado de un grupo de diputados que se encargan de su adorno especial para el cuarto viernes. Frente al atrio, en una plazoleta, se instalan precariamente los escasos comerciantes que acuden y que en su mayoría llegan a Amayucan procedentes de Tepalcingo. Tampoco los visitantes son muy abundantes y, en general, se percibe poco movimiento en torno a esta celebración.

El quinto viernes de cuaresma se hace feria en Yecapixtla, pero hasta la fecha no dispongo de datos de primera mano sobre ella. Según los informes recogidos, acuden allá muchos de los comerciantes que van a Atlatlahucan para la celebración del cuarto viernes.

Ahora bien, dado que el ciclo de cuaresma se inicia la semana de carnaval (como vimos, algunos conocen como "feria de carnaval" la del primer viernes en Amecameca), conviene por lo menos mencionar tres carnavales importantes que se celebran dentro de la región: el de Tepoztlán, el de Yautepec y el de Tlayacapan, cada uno de los cuales tiene muchos de los elementos que hemos encontrado característicos de las ferias.

El de Tepoztlán es seguramente el más conocido y al que acude un mayor número de turistas. El atractivo principal lo constituye la danza del Chinelo, la cual sin embargo, se efectúa igualmente en los otros dos. Más aún, como ya se mencionó, Tlayacapan reclama, al igual que Tepoztlán, el haber sido la cuna de esa danza. En todo caso, el carnaval en Tlayacapan es una de las principales fiestas anuales del pueblo y congrega un buen número de visitantes y de comerciantes. La alfarería local ocupa un sitio preferente en el despliegue de la feria, que se ubica en la plaza central, frente al palacio municipal y al atrio del convento. Tres comparsas de chinelos (1968) recorren la parte central del pueblo, ataviados con túnicas blancas adornadas con franjas azules en el ruedo de la falda y de las mangas, cubiertos los rostros con máscaras de tela de alambre que ostentan barba y bigote, y tocados con los enormes sombreros en forma de cono truncado e invertido, hechos de palma y profusamente adornados. Cada comparsa se acompaña con una banda de instrumentos de viento y por la noche del martes todas confluyen a la verbena popular que se organiza en torno al kiosko central.

La feria comercial del carnaval en Tlayacapan no es muy importante —al parecer es mayor en Yautepec, en la misma fecha—, sin embargo, en el año en que se visitó presentaba un rasgo peculiar que no encontramos en ninguna de las otras ferias del ciclo de cuaresma; un conjunto de pequeños expendios de cerveza y otras bebidas alcohólicas en los que se ejercía la prostitución casi sin disimulo. Según la información recogida, se trata de empresas itinerantes que recorren diversas zonas del país, sobre todo la costa sur del Pacífico.

Aspectos generales

El estudio de estas ferias demanda un enfoque múltiple, porque en cada una de ellas se conjugan aspectos de muy diversos órdenes. Así, la feria puede ser vista en su aspecto económico,

como una ocasión para el intercambio de productos de una región más o menos vasta y de producción diversificada, pero en la que hoy salen a la venta buen número de productos industriales que no provienen de la misma región.

Desde otro ángulo, las ferias tienen una función religiosa y se conectan con el sistema de peregrinaciones y santuarios que tan importante papel juega en la vida tradicional de México y que tan estrechamente se ligan a la actividad de instituciones religiosas muy generalizadas, como las mayordomías, las cofradías y las hermandades.

En términos más amplios, la feria es uno de los pivotes para la estructuración social a nivel regional, dando ocasión para el establecimiento y el fortalecimiento de lazos familiares, rituales y de amistad entre miembros de diversas sociedades locales.

La feria, en fin, ofrece una magnífica oportunidad para la manifestación de formas de conducta sensiblemente distintas a las de la rutina semanal corriente, que se expresan, muchas de ellas, según modos culturales bien establecidos y aun ritualizados —como las danzas, por ejemplo—, permitiendo la continuidad de elementos culturales tradicionales que, con frecuencia, sólo se manifiestan en la feria y en algunas otras ocasiones excepcionales.

Si a todo lo anterior se añan las posibilidades de un estudio histórico que permita desentrañar el origen de las modalidades que presenta cada feria en los diversos aspectos antes enumerados, habrá de aceptarse, sin duda, la gran importancia que puede revestir la investigación de estos temas.

Vale la pena presentar ahora algunos planteamientos generales sobre el ciclo de ferias de cuaresma en la región de Cuautla y discutir tentativamente los principales problemas teóricos y metodológicos que presenta su estudio sistemático.

La feria como institución económica

La función como punto de intercambio comercial se presenta como la más obvia de las que cumple la feria en el aspecto económico. En los casos que nos ocupan, dada la ubicación de la región, se establece, en términos globales, un intercambio entre productos de tierra fría (los valles altos del centro de México) y de tierra caliente (sobre todo de Guerrero y Oaxaca). La cuaresma es un periodo previo al inicio de la temporada de

lluvias, que a su vez marca el comienzo de la siembra en las tierras de temporal de la región; se cuenta, pues, con las cosechas levantadas poco tiempo antes, bien para llevarlas directamente a las ferias, o bien para disponer del producto de su venta previa y destinarlo a la adquisición de bienes necesarios.

Aunque disponemos de una gran cantidad de datos sobre la procedencia de los productos en las distintas ferias, no consideramos estar todavía en condiciones de ofrecer una conclusión sobre el área servida por los mercados correspondientes. Sin embargo, en términos muy generales pueden señalarse que dentro del ciclo se comercian productos agrícolas y artesanales originados en todo el Estado de Morelos, en varios puntos de los valles altos del Estado de México, en Puebla, Tlaxcala, Guerrero y Oaxaca. Los productos industriales de procedencia muy diversa no entran necesariamente dentro de la consideración anterior, y a ellos habremos de referirnos de nueva cuenta un poco más adelante.

El primer punto metodológico que surge aquí es la necesidad de estudiar la función económica del ciclo de ferias de cuaresma *en su conjunto*, es decir, concibiendo cada una de las ferias locales como parte de un sistema regional mucho más amplio que está claramente estructurado y ubicado en tiempo y espacio.

En efecto, hemos visto las enormes diferencias de magnitud que presentan las diversas ferias en el volumen de su comercio. Pero ni los mercados mayores (como Tepalcingo y Amecameca) ni las ferias más pequeñas (como Amayucan, Atlatlahcan y los diversos carnavales) pueden entenderse en su dinámica económica si no se plantean como momentos del gran proceso de intercambio comercial que ocurre en la región durante la temporada previa a la época de siembra. La mayor parte de los comerciantes acuden sucesivamente a varias ferias de cuaresma. El ciclo no es homogéneo en cuanto a la magnitud de los mercados que incluye, sino que tiene un ritmo en el que destacan los momentos culminantes: el primer viernes y, sobre todo, el tercero. Es interesante que en esas dos fechas no haya en la región más ferias que las de Amecameca y Tepalcingo, respectivamente, en tanto que en otros viernes del ciclo (el cuarto y el quinto por ejemplo), se celebren simultáneamente varios mercados menores. Hay un ritmo de concentración y dispersión sin el cual resultaría imposible entender las características comerciales de cada una de las ferias de cuaresma.

Conviene apuntar que el ciclo de la región de Cuautla se conecta con otros circuitos semejantes que ocurren también en cuaresma pero que abarcan zonas diferentes. La información disponible sobre esos otros ciclos de ferias es por ahora muy precaria, pero sabemos, por ejemplo, que el cuarto viernes se celebra también en Taxco, Gro., Tejalpa y Huazpaltepec, Oax.; que hay feria el quinto viernes en San Pablo, Pue. (cerca de Acatlán), y que otros sitios con ferias de cuaresma son Igualepa, San Francisco Mexicapan y Teloloapan.

Para comprender el aspecto comercial sería indispensable extender el ciclo de mercados de cuaresma, en su inicio, por lo menos hasta abarcar los diversos carnavales, y en su término, las ferias de semana santa, como la de Tila —a la que sabemos que acuden comerciantes que van a Tepalcingo y Mazatepec, por lo menos— y aun la octava de semana santa, que se celebra en Zacualpan, Mor.

Así pues, las ferias del ciclo de cuaresma en la región de Cuautla forman parte de un vasto sistema de mercados que abarca una gran porción del sur de México, a través del cual se efectúa una parte substancial del intercambio de productos agrícolas y artesanales, originados en los diversos nichos ecológicos y según las tradiciones tecnológicas peculiares de cada uno de los ámbitos que así quedan estructurados comercialmente. El intercambio de los productos de tierra fría y tierra caliente parece ser una de las funciones básicas del sistema.

Un segundo aspecto que debe tomarse en cuenta es la relación entre el ciclo anual de cuaresma y el ciclo permanente de *tianguis*. En toda la región estudiada existen circuitos de mercados semanales (tianguis), cuya tradición arranca desde la época prehispánica y que fueron sancionados y regulados por la legislación colonial novohispana.⁹ En la actualidad los tianguis dan ocasión para que se concentren productos tanto regionales como industriales, a disposición de la población local y de los pueblos cercanos al sitio donde semanalmente se celebra la plaza. Se expenden productos agrícolas de consumo más o menos inmedia-

⁹ Acerca de los tianguis en diversas regiones de México existe una bibliografía relativamente amplia. Véase, por ejemplo: Marroquín, Alejandro D.: *La ciudad mercado* (Tlaxiaco), Imprenta Universitaria, México, 1956; Foster, George A.: "The folk economy of rural Mexico with special reference to marketing", *The Journal of Marketing*, 13, 1948; Kaplan, David: "The Mexican marketplace then and now", *Essays in Economic Anthropology*, American Ethnological Society, Seattle, 1965.

to (frutas, legumbres, cereales y pecuarios), pero nunca están ausentes ciertos objetos de artesanía (cerámica, cestería y jarcería, por ejemplo) ni productos industriales (telas, confecciones, bisutería y objetos domésticos, sobre todo).

En algunos rubros existe un sistema de revendedores que adquieren al por mayor los productos que se venden en las ferias de cuaresma para llevarlos después a los circuitos de tianguis semanales que frecuentan. Por otro lado, en la feria es posible hallar comerciantes regionales que acuden regularmente a los tianguis y que durante la cuaresma interrumpen sus recorridos usuales con la esperanza de lograr ventas más altas acudiendo a los sitios de mayor actividad comercial durante esa temporada.

De acuerdo con lo anterior, podría plantearse el nexo entre el ciclo de ferias de cuaresma y los circuitos regionales de mercados semanales en términos de un mecanismo de abastecimiento anual, a través de las ferias, de productos que después se redistribuyen paulatinamente mediante los circuitos de tianguis. Este esquema del mecanismo comercial ayuda a comprender la gran magnitud que alcanza el intercambio en las ferias mayores, ya que una parte de los productos no son adquiridos directamente por los consumidores, sino por intermediarios que después los ponen en circulación por los canales del sistema de tianguis. Evidentemente, no todos los productos se distribuyen en igual medida según ese esquema; algunos se venden en la feria en mayor proporción que otros, directamente a los consumidores. Este punto nos lleva a un tercer aspecto en la consideración general de la feria como institución económica: los tipos de comercio que pueden identificarse en ella.

A través de los datos recabados podemos esbozar la siguiente clasificación según tipos de comerciantes que acuden a las ferias de cuaresma:

a) Mayoristas. Casi siempre se trata de gente ajena a la localidad donde se celebra la feria, que llega en camiones propios o destinados únicamente a su servicio. A veces ni siquiera es gente de la región, sino comerciantes que han ido a los centros productores a comprar las cosechas que después llevan a vender a las ferias. En el ramo de frutas (sandía, mamey, cacahuete, etcétera) es frecuente encontrar este tipo de comerciante, que se instala en las zonas periféricas de las ferias y vende a intermediarios que tienen puestos en la plaza.

b) Urbanos profesionales. La venta de productos industriales como telas, ropa hecha, artículos de plástico, objetos para el hogar, bisutería y otros semejantes, usualmente está en manos de comerciantes profesionales de procedencia urbana (de las ciudades de México y Puebla, muchos de ellos) que arriban en automóviles cargados de mercadería adquirida directamente en las fábricas y los talleres, o en almacenes mayoristas. La venta la hacen al detalle en puestos dentro de la feria. Algunos no son intermediarios libres sino agentes enviados por las propias empresas productoras.

c) Productores directos. Podría afirmarse que son éstos los que cumplen de manera cabal con la función de intercambio intra-regional del sistema de ferias. Pueden agruparse en dos categorías mayores: los campesinos que llegan con productos agropecuarios, y los artesanos de diversos tipos. Algunos acuden en plan individual, pero es frecuente que los productores de una misma localidad y de un mismo ramo dispongan de alguna forma de organización común. A manera de ejemplo puede citarse el caso de los artesanos de Olinalá en la feria de Tepalcingo, unidos muchos de ellos por lazos familiares y con un buen grado de control sobre los precios de oferta. Cabe señalar que en esta categoría de productores directos quedan incorporados algunos comerciantes que no sólo disponen de su producción propia sino que también llevan —o reciben ya en la feria— una cierta cantidad de productos ajenos del mismo ramo, los cuales manejan de tal manera que se combinan formas de ayuda mutua con la obtención de beneficios de intermediario. Tal vez convenga hacer una distinción según la magnitud de la producción que se lleva a la feria, diferencia que se hace palpable al comparar, por ejemplo, a los artesanos de Olinalá o a los fabricantes de dulces de cacahuete, con las mujeres que venden un puñado de camisas bordadas por ellas mismas, o con las de Tetelcingo, que llevan apenas una canasta con tortillas.

d) Intermediarios eventuales. Bajo este rubro incluyo a un tipo de comerciantes que llegan a la feria con un capital mínimo, sin producto propio alguno, quienes adquieren pequeñas cantidades de productos varios que después revenden allí mismo con una corta ganancia. El renglón de las frutas parece ser especialmente favorecido por estos traficantes al menudeo, que no necesariamente compran a los comerciantes al por mayor. Una clase

especial dentro de este tipo la forman algunas mujeres, casi siempre de localidades vecinas, que acuden equipadas con los enseres mínimos de cocina (un brasero, un comal, algunos trastos y una mesa pequeña), compran en la feria los ingredientes que van necesitando y preparan alimentos y bocadillos para los concurrentes. Como es fácil deducir, las ganancias que se obtienen en este tipo de empresa son muy reducidas, tal vez apenas lo suficiente para sufragar los gastos de transporte, estancia en la feria y alguna compra menor.

e) Locales, fijos y eventuales. Por supuesto, el comercio local establecido obtiene pingües beneficios en ocasión de la feria; por lo regular procuran garantizar una existencia especial de mercadería para esas fechas, y no son pocos los que amplían sus expendios temporalmente. Ahora bien, la feria da pie para que algunas familias que regularmente no están dedicadas al comercio, lo hagan durante una corta temporada. Así, es común ver expendios improvisados de refrescos y golosinas en la puerta de algunas casas, sobre todo en las calles que conducen a la feria y a los santuarios; una mesa, algún toldo y unos cuantos cajones son suficientes para instalar el negocio. En otros casos la actividad es más formal, aunque también esporádica; por ejemplo, en Amecameca hay un grupo de señoras que todos los días de tianquis instalan fondas provisionales en la plaza y que, por supuesto, se dedican a esas faenas durante la temporada de las ferias locales.

En un nivel superior dentro de esta misma categoría habría que colocar a quienes reciben las concesiones para manejar la distribución de cervezas a través de los *stands*. Las propias fábricas proporcionan en algunos casos la mayor parte del equipo necesario: sillas, mesas, armazones tubulares y, por supuesto, mercadería. Los concesionarios contratan meseras, arreglan permisos, algunos ponen equipos de sonido o rocolas, y manejan el negocio, todo ello a cambio de una comisión sobre el total de ventas.

En el otro extremo de la gama de tipos que componen esta categoría podría colocarse a quienes prestan servicios, aunque éstos no son propiamente comerciantes: la gente que alquila sus predios para puestos o para alojamiento y mesón, o quienes más sencillamente improvisan instalaciones "sanitarias" por cuyo uso cobran una pequeña cantidad.

f) *Ambulantes*. Habrá que distinguir entre comerciantes ambulantes libres y dependientes. Los primeros llegan a la feria con una cantidad módica de productos (hamacas, peines, dulces, etcétera) que depositan en algún sitio seguro mientras deambulan entre los puestos ofreciendo su mercadería. Los otros, los dependientes, reciben de algún puesto fijo los productos que habrán de vender y sobre cuya venta obtienen alguna ganancia, bien por comisión o bien por sobreprecio en relación con el que ellos deben pagar; algunos trabajan en base a sueldo diario.

g) *Profesionales de feria*. Aquí caben las personas conectadas con la instalación y operación de juegos mecánicos, carpas de espectáculos, rifas y loterías, atracciones insólitas, tiros al blanco, etcétera, todo aquello que forma "la feria" en el sentido más generalizado del término. Tan es así, que sus actividades se rigen según un calendario anual de ferias que cubren gran parte del territorio nacional. Son los peregrinos de la diversión popular, hechos ya a la vida errante y a la feria continua.

Estas serían las categorías principales de comerciantes que es posible identificar en las ferias de cuaresma de la región de Cuautla. Habría que agregar las varias posibilidades de combinación de dos o más de estos tipos, con lo que el número de variedades aumentaría considerablemente.

Por otra parte, es necesario tomar en cuenta que en torno a la actividad comercial de la feria se desarrollan muchas otras actividades conexas y subsidiarias. Pululan los cargadores, los mendigos, los intérpretes musicales, los boleros, los carteristas, los que hacen espectáculos en mitad de la calle, en fin, toda la gama de tareas lucrativas que encuentren en el ámbito de la feria un sitio adecuado para desarrollarse.

Como es dable suponer, entre este universo diversificado y heterogéneo de comerciantes de todo tipo se establece transitoria y periódicamente un complejo y sutil sistema de relaciones sociales. Las formas de cooperación y de competencia se expresan alternativamente según se suceden las situaciones concretas a lo largo del día: desde el momento en que una vendedora vigila y atiende el puesto vecino cuando el responsable de éste debe ausentarse, hasta las ocasiones en que se pasa de la discusión agria e insultante al pleito a golpes. En muchos casos estas formas de relación no son meramente circunstanciales y momentáneas, sino que responden a un esquema de relaciones recu-

rente y más estable, debido a la participación conjunta, no en una, sino en varias de las ferias del ciclo, y no sólo en una temporada sino año tras año. Así pues, los nexos sociales son mucho más estrechos que si resultaran de una mera relación contingente y única.

En el reforzamiento de este sistema de relaciones sociales entre los comerciantes juega un papel importante el patrón de distribución espacial de productos dentro de la feria. Todas las ferias, como hemos visto, presentan una clara organización en ese aspecto. Tal organización del espacio funciona para facilitar la vigilancia y control por parte de las autoridades, para facilitar asimismo las compras de los visitantes, y también, como vemos ahora, proporciona el marco espacial adecuado para que se erija y consolide la trama de relaciones sociales entre los comerciantes, sin las cuales sería difícil imaginar el funcionamiento de la feria.

Una manera que refleja las relaciones entre los comerciantes, sobre todo entre algunos de los tipos señalados, es la existencia de cadenas de puestos aparentemente independientes pero que en realidad pertenecen a un solo individuo o a una misma familia. Cumplen varias funciones económicas: si están contiguos, presentan entre ellos una ficticia competencia que sirve para regular precios y competir realmente con puestos diferentes; si están separados, permiten abarcar diversas zonas del mercado; en todos los casos, dan ocupación a un número mayor de personas (familiares o empleados) que si la mercancía se vendiera en un solo puesto. La multiplicación ficticia de puestos parece funcionar también como contrapeso al regateo, la forma usual de trato entre compradores y vendedores.

Hay un último punto al cual quisiera referirme en esta sección: los ingresos que obtiene la autoridad local por concepto de impuestos, multas y otros derechos generados por la feria. No ha sido posible hasta ahora obtener datos directos sobre este punto, pero es indudable que los municipios de Tepalcingo y Amecameca, por ejemplo, obtienen durante las ferias respectivas un ingreso que cuenta considerablemente dentro de sus presupuestos anuales. Todos los puestos pagan el llamado "derecho de piso" según el área que ocupen; varios inspectores recorren constantemente la feria exigiendo los comprobantes de pago, cotejando el espacio empleado y vigilando el cumplimiento de los reglamentos municipales cuya infracción es motivo de multa. En ferias más chicas la importancia de este renglón de ingresos es

necesariamente menor y llega a ser nula en celebraciones como la del cuarto viernes en Tlayacapan.

Volveremos sobre algunos problemas generales de la feria como institución económica, al hacer las consideraciones finales.

Las actividades religiosas

Como hemos visto, cada una de las ferias comprendidas dentro del ciclo de cuaresma se organiza en torno a una determinada celebración religiosa, dedicada a una imagen que se considera particularmente milagrosa y cuya fama corre más allá de los términos locales. El culto de estas imágenes alcanza su máximo esplendor en ocasión de la feria respectiva, pero es un culto que se mantiene a lo largo de todo el año y no sólo en la fiesta mayor.

La atención y cuidado continuos de las imágenes están generalmente a cargo de funcionarios tradicionales que se eligen cada año. Entre sus obligaciones se cuenta casi siempre el tomar la responsabilidad de organizar o financiar algunos aspectos religiosos de la feria, como el adorno del templo, el pago de misas, la contratación de los conjuntos musicales o el alojamiento y manutención de alguna comparsa de danzantes.

Los funcionarios tradicionales responsables pertenecen en algunas localidades a sistemas de cargos religiosos, escalafonarios o no, que se conocen en la región bajo diversos nombres (mayordomías y demandas son los más usuales). En algunos pueblos, como Amayucan, participan otras autoridades tradicionales (los diputados). Ciertas instituciones de carácter religioso, hermandades o cofradías, suelen tener alguna participación en las actividades de la feria.

El grado en que tales instituciones locales intervienen en la organización parece ser muy variable de una feria a otra. Hay que tener en cuenta que en casi todos los pueblos se celebran otras fiestas además de la feria, que tienen carácter más local y en las que es más evidente la participación y la responsabilidad de los sistemas de cargos tradicionales. De cualquier manera, esas instituciones son un vehículo importante para organizar el concurso de la población local en las actividades religiosas de las ferias.

Dado el carácter regional de las ferias, no es de extrañar que las cargas económicas y las responsabilidades que implican los

actos religiosos se distribuyan entre diversas localidades, en un ámbito que es tanto mayor cuanto más grande es la fama y la veneración popular de la imagen homenajeadada. La participación de la población regional en las actividades religiosas reviste dos formas fundamentales: las devociones personales y la concurrencia en grupos formalmente institucionalizados. Aun en el primer caso los asistentes participan casi siempre en actos colectivos: misas, rosarios, procesiones. Su contribución económica es voluntaria e individual, y va desde la modesta limosna hasta el pago de misas o la ofrenda de regalos costosos, estos últimos sobre todo cuando se trata de cumplir una promesa por un favor recibido.

La asistencia institucionalmente organizada consiste en formar parte de peregrinaciones, algunas de las cuales llegan a pie tras varios días de camino. Hay una jerarquía de autoridad más o menos formalizada dentro de cada peregrinación, así como cierta división de funciones entre sus participantes. La organización de una peregrinación generalmente está a cargo de alguna institución permanente (hermandad, cofradía, mayordomía), pero pueden incorporarse y de hecho lo hacen, muchas personas ajenas a ella.

Una forma peculiar de participación es a través de los grupos de danza. Entre ellos hay diferencias significativas, ya que existen algunos permanentes, de afiliación vitalicia y que desarrollan actividades constantes y aun ceremonias privadas propias, como los "concheros" a los que ya mencioné, en tanto que otros, como las comparsas de Pastoras, se constituyen cada año para asistir a la feria y cambian constantemente de personal con excepción del instructor, que es el encargado de montar la danza. Las obligaciones de los participantes en comparsas de este último tipo se limitan a la presentación pública en los momentos y sitios tradicionalmente establecidos en cada feria.

Las actividades de orden religioso, propias de estas ferias, pueden agruparse en dos categorías mayores: los actos propiamente litúrgicos, apegados a las normas eclesiásticas y oficiados o supervisados por el sacerdote (como son misas, rosarios, triduos, jubileos, impartición de sacramentos, etcétera) y, por otra parte, las devociones populares tradicionales, algunas de las cuales no se ajustan completamente a los dictados eclesiásticos, o incluso se desarrollan por completo al margen de ellos. Los ritos de los "concheros" (las llamadas velaciones) serían un buen ejemplo

de este último tipo, y una observación cuidadosa de lo que acontece en casi cualquier momento dentro del templo y en sus inmediaciones permitiría abundar en ejemplos de devociones personales igualmente ajenas a las normas de la liturgia católica.

Un punto importante de análisis es la participación del clero dentro de las actividades religiosas de la feria. En el caso particular del ciclo que nos ocupa ocurre que la mayor parte de las celebraciones caen dentro de la jurisdicción eclesiástica de la diócesis de Cuernavaca, donde desde algunos años a esta fecha ha habido intentos constantes por modificar efectivamente los ritos y ajustarlos a las nuevas normas conciliares. En muchos templos ha habido incluso cambios físicos, como la reducción considerable en el número de imágenes de santos que cubrían altares y muros. La intención, según parece, es de acentuar el carácter interior y profundo de la religiosidad, disminuyendo consecuentemente las expresiones exteriores puramente formales y vacías de verdadero sentido religioso. Las ferias, por lo visto, se consideran como campo fértil para el auge de esas manifestaciones externas, porque se han llevado a cabo varias reuniones referentes a la pastoral de santuarios en las que los sacerdotes que atienden los centros de peregrinación han sido instruidos sobre la necesidad de hacer una obra evangelizadora en vez de sólo contemplar cómo se expresa la devoción popular.

La manera como cada sacerdote interpreta esas instrucciones parece variar mucho. Algunas ferias se desarrollaron normalmente sin que los asistentes percibieran ningún cambio significativo en la forma tradicional de hacer las cosas. Pero en otros casos, como en el ya referido de Atlatlauhcan el conflicto entre el sacerdote y los grupos tradicionalistas ha conducido a una abierta división en el pueblo.

El grado de intervención del sacerdote en los diversos aspectos religiosos de las ferias es diferente para cada caso concreto. En las localidades más conservadoras es patente la participación de las autoridades tradicionales, como sucede en Huazulco. Lo común parece ser que el sacerdote mantenga el control de todos los actos litúrgicos y procure supervisar, directamente o por terceras personas de su confianza, el mayor número de aspectos de organización. La concentración del dinero que ingresa al templo por limosnas o como pago de servicios, queda también en manos del sacerdote, quien decide sobre el destino que habrá de darse a esos recursos.

En la sección final de este informe incluiremos algunas consideraciones más sobre los aspectos religiosos del ciclo de ferias de cuaresma.

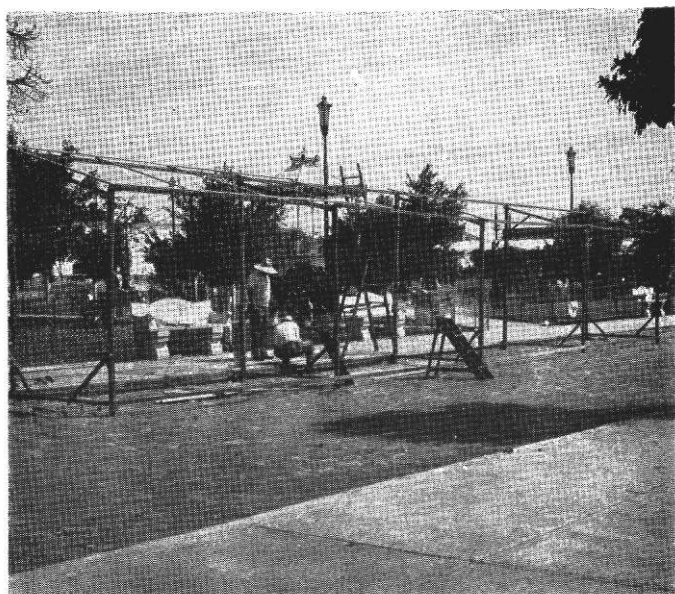
La feria diversión

El panorama general de las ferias de cuaresma y el planteamiento de las funciones que en ellas se desarrollan, quedarían incompletos sin dedicar algunas palabras a las actividades sociales, de diversión y esparcimiento.

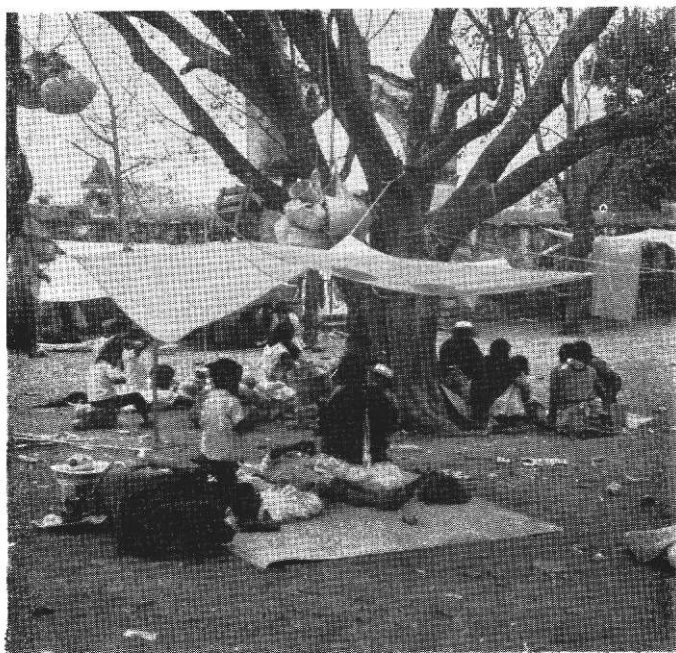
Ya al presentar una tipología de los comerciantes se anotó la existencia de los "profesionales de feria" cuyos establecimientos son un atractivo siempre importante y en torno a los cuales se congregan los visitantes a todas horas del día. Algunos, como los juegos mecánicos, funcionan a veces hasta altas horas de la noche, cuando ya la mayoría de los puestos comerciales han cerrado y muchos visitantes se han retirado. La población local, los habitantes de localidades vecinas más próximas y los propios comerciantes, son quienes en mayor proporción disfrutan de la diversión nocturna.

Todas las cantinas y pulquerías establecidas, así como las cervecerías y otros expendios de bebidas alcohólicas que se instalan sólo durante la feria, reciben a partir del medio día un creciente número de parroquianos. Algunos permanecen allí hasta la total embriaguez. El consumo de alcohol no se restringe a los locales expresamente destinados a ello. Algunos cortos grupos de peregrinos y demás visitantes, se reúnen a comer en cualquier espacio libre e ingieren bebidas alcohólicas. Pero las cantinas, cervecerías y pulquerías son los sitios preferidos por la población masculina, aunque en algunos también entran mujeres y en otros hay un lugar especial para ellas.

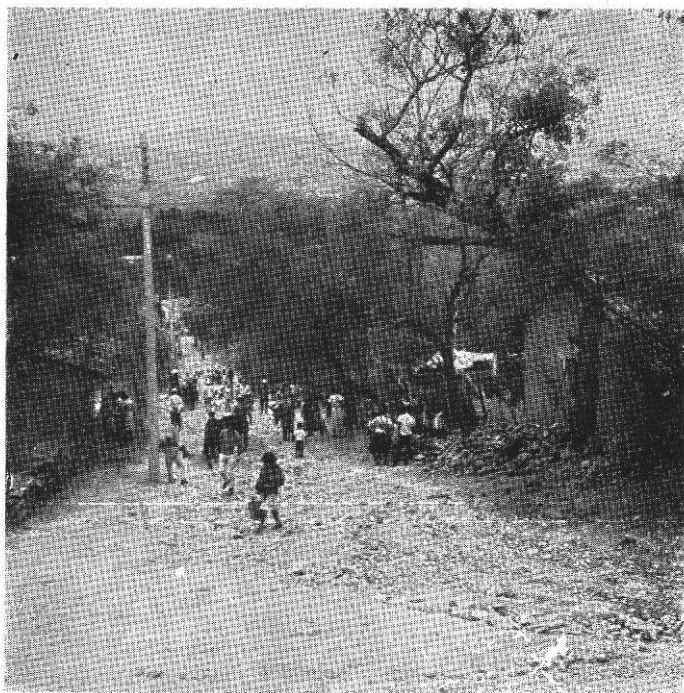
La música desempeña un papel importante en la feria, contribuyendo a crear un ambiente sonoro característico. Los ritmos y las melodías se entremezclan; la primera impresión casi siempre es confusa y hasta caótica. Domina la estridencia de los altavoces y las rocolas, pero paulatinamente se llega a estar en condiciones de escuchar músicas más sutiles. En realidad, cada sección de la feria tiene su propio ambiente musical. En la zona de juegos mecánicos las bocinas lanzan al aire sonos rancheros y algunos valeses; en las cervecerías se alternan las guitarras eléctricas, los mariachis y los discos de la rocola con canciones de



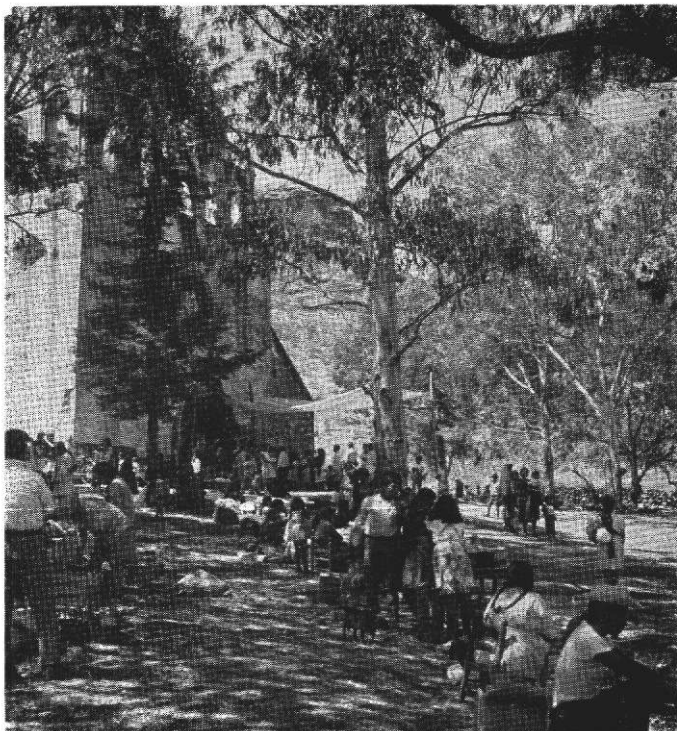
Fotografía 1. Tepalcingo, Morelos. 3er. viernes
(preparación).



Fotografía 2. Mazatepec, Morelos. 5º viernes.



Fotografía 3. Mazatepec, Morelos. 5º viemes.



Fotografía 4. Tlayacapan, Morelos. 4º viernes.



Fotografía 5. Mazatepec, Morelos. 59 vienes.



Fotografía 6. Mazatepec, Morelos. 5º viernes. Cocinas.



Fotografía 7. Amecameca, México. 1er. viernes.



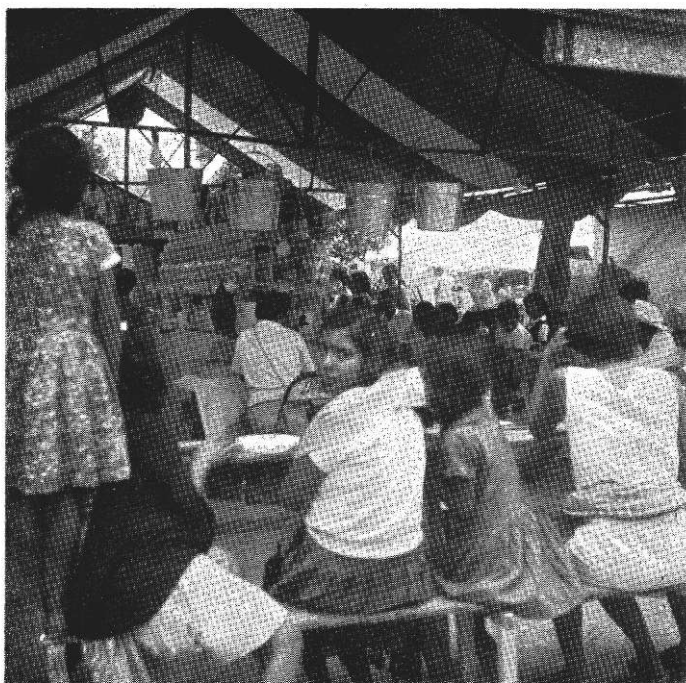
Fotografía 8. Tepalcingo, Morelos. 3er. viernes.
Alfarería de Acatlán, Puebla.



Fotografía 9. Tepalcingo, Morelos. 3er. viernes.



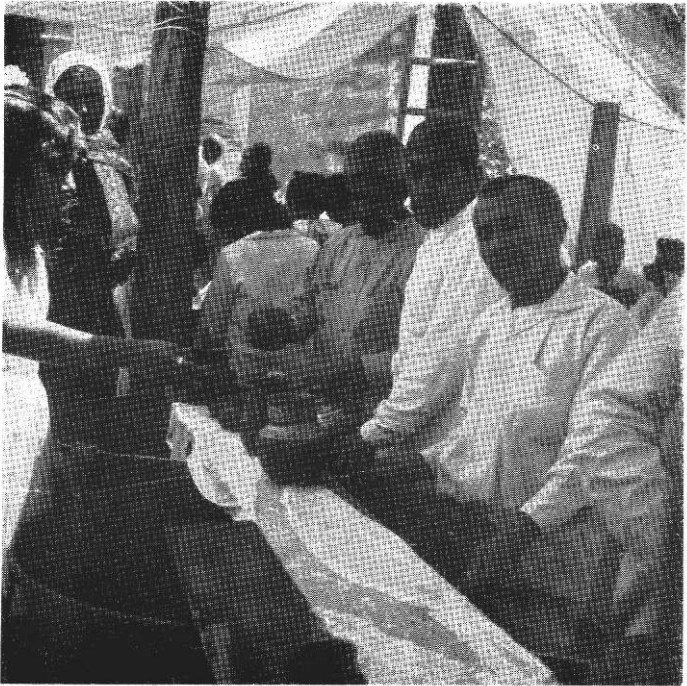
Fotografia 10. Tepalcingo, Morelos. 3er. viernes.



Fotografía 11. Mazatepec, Morelos, 59 viernes.



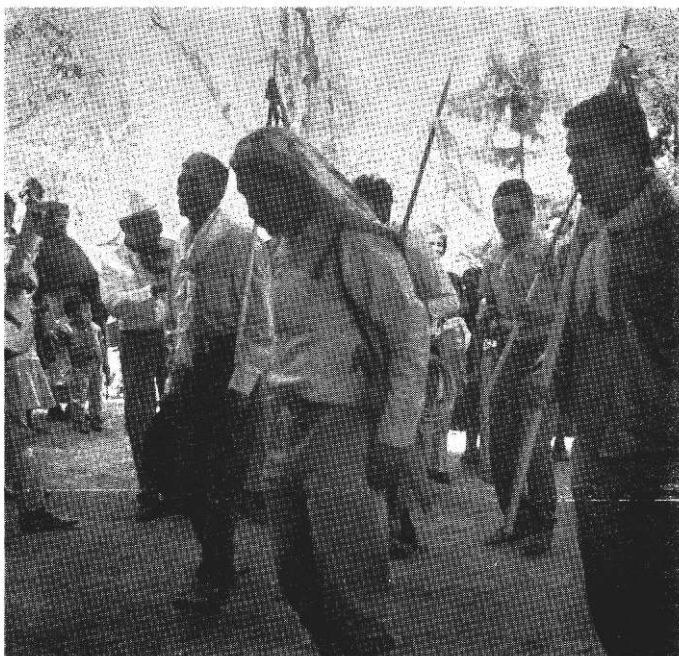
Fotografía 12. Tepalcingo, Morelos. Feria, 1968.



Fotografía 13. Huazulco, Morelos. Martes Santo.
Reparto de agua.



Fotografía 14. Mazatepec, Morelos. 5º viernes.
Cantador de Corridos.



Fotografía 15. Tlayacapan, Morelos. 4º viernes.
Vaqueros de Tepoztlán.



Fotografía 16. Tepalcingo, Morelos. 3er. viernes.
Pastoras de Xoxocotla, Morelos.



Fotografía 17. Mazatepec, Morelos. 5º viernes.
Tecuanes de Huatetelco, Morelos.



Fotografía 18. Mazatepec, Morelos. 5º viernes.
Tecuanes de Huatetelco, Morelos.

moda; en el atrio predominan los ritmos de las danzas, los sonidos del huehuetl, de las guitarras de carapacho de armadillo, las chirimías, los violines y las bandas de aliento; dentro del templo es frecuente oír cantos de alabanza, que también se escuchan por las calles que cruzan las peregrinaciones; en algún sitio del mercado una pareja canta corridos y vende la letra impresa en hojas de colores, se acompaña con guitarra y a veces usa ya micrófono y altavoz; en las cantinas también se cantan corridos: un ciego los entona y algunos borrachos lo corean. Por diversos rumbos, de día o de noche, deambulan conjuntos de mariachi y de música norteña, o algún trío que interpreta canciones románticas.

Escuchar la música en vivo es algo que congrega siempre un auditorio. Como presenciar las danzas y el paso de las peregrinaciones mayores. Para los visitantes de la feria esos son espectáculos siempre esperados y, a la vez, siempre nuevos y sorprendentes.

A menudo hay baile público alguna de las noches de la semana de feria. En Amecameca, por ejemplo, se reserva un espacio amplio en la plaza central con ese único fin. Las parejas acuden, pagan su entrada y bailan al ritmo de alguna orquesta regional hasta altas horas de la noche.

Ver la feria, escuchar música, presenciar las danzas, beber y bailar, encontrar algún conocido —aunque sea del mismo pueblo del que uno llega—, llevar a los niños al templo, a comer golosinas y a subirse a los aparatos mecánicos; comprar un poco de fruta, algo de ropa y quizás un jarro o una cazuela que se necesita en casa; en resumen: romper la rutina diaria y buscar el encuentro y el anonimato en una participación masiva; tales parecen ser las motivaciones que llevan a la feria a un crecido porcentaje de visitantes.

Desde este ángulo la feria y su recurrencia anual son factores de identidad colectiva, elementos de la conciencia local y regional, ocasiones para que se expresen muchas manifestaciones culturales que forman parte del patrimonio tradicional de una región; todo ello, en fin, como marco común que facilita la vinculación social entre habitantes de una vasta zona.

Problemas generales de investigación que plantea el ciclo de ferias

Hasta aquí hemos presentado en forma resumida las características más relevantes de cada una de las ferias de este ciclo

y algunas consideraciones sobre los aspectos económicos, religiosos y de relación social que pueden aceptarse como generales a todas las ferias. Resta sólo, dentro de los límites previstos para este ensayo, plantear algunos problemas generales que surgen como temas de investigación viables a partir del conocimiento actual del ciclo de ferias de cuaresma en la región de Cuautla.

En primer término está la investigación histórica que permita entender la actual ubicación y la importancia relativa de cada una de las ferias. Es bien sabido que varios de los grandes santuarios de México se asientan en lo que fueron adoratorios importantes en la época prehispánica. El ámbito del culto actual, determinado a partir de los sitios de procedencia de los peregrinos, coincide en algunos casos con demarcaciones que corresponden a unidades políticas o étnicas del periodo precolonial, como ha intentado demostrarlo Mercedes Olivera al estudiar la feria de Cholula.¹⁰ El ciclo de cuaresma que estudiamos, precisamente por su dispersión espacial, podría arrojar informaciones útiles sobre los problemas de la integración regional en los periodos colonial y prehispánico, lo que a su vez permitiría entender mejor la actual extensión geográfica del ámbito relacionado con cada feria y con el ciclo en su conjunto.

Los elementos introducidos durante la época novohispana requieren también un estudio detallado. El problema específico de las ferias coloniales ha sido tratado por Carrera Stampa, pero no hace ninguna referencia a la región que nos ocupa.¹¹ Sería importante, por ejemplo, conocer la posible vinculación de las ferias de Morelos con la de Acapulco, donde se vendían los productos de la Nao de China, o con las que se celebraban en Puebla (antes de que se instaurara la feria de Xalapa) para rematar la mercadería que traían las flotas españolas a Veracruz.

Dentro de los problemas de historia cabe también el estudio de la evangelización, los procesos de sincretismo y de la formación de cultos populares, todo ello estrechamente ligado con la actividad en los santuarios y con las grandes festividades que en ellos se celebran. El hecho mismo de que las fechas de este ciclo

¹⁰ Olivera de Vázquez, Mercedes: "La importancia religiosa de Cholula", en *Proyecto Cholula*, INAH, México, 1970.

¹¹ Carrera Stampa, Manuel: "Las ferias novohispanas", *Historia Mexicana*, n:3, 1953. Véase también, Warman, Arturo: "El calendario de fiestas y ferias populares", en *Los calendarios de México*, vol. 4, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1969.

se determinen en función de la cuaresma implica ya conexiones con el Viejo Mundo que pueden ir mucho más lejos de lo que a primera vista se percibe.

Los problemas etnográficos que plantean las ferias son de diversa índole. Hay, para tomar sólo un ejemplo, un rico complejo de danzas que requieren estudio descriptivo, comparativo, histórico y también desde el ángulo de la antropología social. Ya he mencionado algunos contrastes significativos entre grupos de danzantes permanentes, institucionalizados y altamente ritualizados y otros que son transitorios, cuya actividad se renueva sólo en ocasión de ferias y grandes fiestas. En torno a esto, disponemos de abundante información sobre la Danza Azteca de la Gran Tenochtitlan, pero sólo tenemos datos aislados y sin corroborar acerca de los demás grupos.

Sobre otros rasgos de cultura tradicional que se manifiestan en las ferias, como la música en sus diversas modalidades, estamos por concluir un estudio y una antología del corrido popular en la región, desde fines del siglo xix hasta los años treinta del siglo en curso. Pero, evidentemente, son muchos los aspectos que aguardan una investigación adecuada.

En un terreno diferente, cabe señalar los problemas de antropología económica (o de teoría económica, en su sentido más amplio) que plantea la actividad comercial del ciclo de ferias.

Dado que ya no se trata de una zona aislada en que la feria fuese la única oportunidad de adquirir cierto tipo de bienes, porque la mayor parte de lo que se vende en esa ocasión es relativamente fácil de adquirir en cualquier época del año y en cualquiera de los centros urbanos de la región, o en los tianquis semanales, ¿cuáles son las razones económicas que permiten a las ferias revestir la importancia comercial que tienen? Expresado en términos aún más amplios: ¿qué relación guardan los sistemas tradicionales de intercambio, particularmente las ferias, con los mecanismos comerciales modernos que predominan en el sector urbanizado de la sociedad nacional? ¿cómo se conectan uno con otro?

Al discutir los aspectos comerciales de estas ferias, en una sección anterior, apuntamos ya algunos rasgos e intentamos ciertas hipótesis sobre este tipo de problemas. Sin embargo, es claro que falta todavía mucho por investigar. En la feria tradicional predominan los productos agropecuarios y artesanales, pero ya hoy es omnipresente la irrupción de las manufacturas indus-

triales, manejadas por comerciantes que se distinguen en sus características del resto de los mercaderes. ¿La feria se está transformando para convertirse, predominantemente, en un canal de salida para la producción industrial, o es sólo que la feria rural es aprovechada por ciertos comerciantes para introducir manufacturas industriales, pero sin alterar la base agropecuaria y artesanal que ha sido el fundamento económico de la feria? De ser este último el caso, el mercado de feria resultaría un punto de contacto en el que convergen momentáneamente dos formas económicas distintas, cada una con sus propias determinantes, su propia estructura y su funcionalidad peculiar. El equilibrio o la asimetría de la relación entre ambas, es decir, el problema de las formas de explotación del campo por la ciudad, se presentaría entonces en una de sus manifestaciones más claras y masivas en ocasión de las ferias, y ofrecería, por lo tanto, un campo de análisis de primera importancia.

Cualquiera de los temas enumerados —y muchos otros que podrían enlistarse— requieren que su estudio se haga tomando en cuenta la feria como fenómeno global, complejo, multifacético, y en el caso del ciclo de cuaresma en la región de Cuautla, también como parte de un sistema de ferias que se extiende por un amplio ámbito geográfico del centro y sur de México, y vertebrata las relaciones entre zonas distantes y heterogéneas.

SUMMARY

The author describes a series of religious and commercial fairs in the southwestern part of the State of Mexico and in Northern Morelos. These great gatherings of buyers, vendors, pilgrims and pleasure seekers take place in appointed towns on the six Fridays of Lent and during Holy Week. The author analyzes the economic, social and religious functions of the fairs, seeks to understand them as parts of a single system of interchange which embraces vast areas of the center and south of Mexico, and points out that a number of problems remain to be studied more profoundly: pre-Hispanic roots, elements introduced by Spain, syncretism, the birth of popular cults and economic functions. When all of these have been evaluated we will have a precise concept of the Mexican fair as a global, complex and many sided phenomenon.